De los **recursos** barrocos

Campiro que
VÍCTOR ÁLAMO DE LA ROSA
Espasa. Madrid, 2001
305 páginas, 2.800 pesetas

ES ésta una novela que ejemplifica perfectamente la complejidad de influencias y modelos narrativos que incurren en la literatura que se hace hoy en España, y que por ello mismo resiste tenazmente a los múltiples intentos de simplificación, intencionada o no, que de cuando en cuando acomete a nuestros teóricos del asunto, como si la comprensión de la realidad misma dependiera del hallazgo habido en una torpe fórmula. Digo esto porque un autor como Víctor Álamo, por ejemplo, se ha mostrado siempre muy alejado de ciertas características que, se supone, acometen por fuerza a cualquier joven autor español que se precie: propensión costumbrista, cuando no perteneciente a la nueva ola culturalista, indagación psicológica en unos personajes sin demasiada complejidad mental, un estilo que quiere ser directo, efectivo, y que muchas veces oculta el mero descuido... Es más, incluso su trayectoria literaria excede el ámbito local, su segunda novela, *El año de la seca*, apareció tres años antes de su edición española en Brasil, y esto, que puede parecer anecdótico o consecuencia de una trayectoria personal, en realidad revela una multiplicidad de influencias tal que, de seguro, dará tarde o temprano obras certeras. La deuda, por ejemplo, que esta novela tiene con la tradición barroca de cierta literatura iberoamericana, y ello hasta el punto de que pocas narraciones he leído con tamaño delirio por agotar las posibilidades expresivas del lenguaje como ésta, es parte ya de una tradición a la que cada vez es más proclive la literatura canaria. Desde hace años Armas Marcelo aboga tenazmente por esa causa.

Este libro asombra. Pocas narraciones he leído con tamaño delirio

Juegos de espejos

Pero *Campiro que* asombra incluso a los que están acostumbrados a las indicaciones alegóricas menos evidentes o a los juegos de espejos más mostrencos. Y ello se debe a que combina con pasmo, por lo menos por parte de este lector, una trama aparentemente realista, casi como si de una crónica se tratara, con un tratamiento del lenguaje, y por tanto, del mundo, de una complejidad que no agota el estrecho ámbito en que se desarrolla la historia. Sensación parecida a la que acontece, por ejemplo, en muchas páginas de *Paradiso*, donde lo que se dice lucha por salir del estrecho marco de la novela haciendo estallar las reglas convencionales del género por fuerza. Pues bien, hay aquí del mismo modo una pugna parecida, un buscado efecto de dar cuenta de la totalidad, incluso en su aspecto mineral, de una realidad que se quiere fundacional y fuera del tiempo, aun y cuando la historia que se cuenta transcurra en su aspecto menos lucido, el del documento.

J. Bolo

Isla Menor

Y hay también una geografía determinada, la Isla Menor, ámbito donde se desarrolla una historia de amor tan truculenta, Campiro actúa como un Pascual Duarte más sofisticado sólo porque el lector se deja mecer por el brillante barroquismo del lenguaje, que parece inspirada en un expresionismo tan rabioso que el efecto queda sólo atemperado por la ironía subyacente en todo momento en la novela, ironía que es parte esencial en la manera en que el autor tiene de mirar el mundo y que queda expresada de manera harto brillante en el capítulo trece, por ejemplo, donde el lector asiste al vuelo de un *Stuka* en un mar de dunas y a las ensoñaciones de su piloto, Hans Marcus Müll, a la vez que a los avatares de un escarabajo con unas hormigas por esas mismas arenas unos centenares de metros más abajo. Ni que decir tiene que las dos realidades descritas poseen la misma importancia en la narración, aun sea por la importancia simbólica del escarabajo en la misma, y por parte del aviador nazi, por ser parte principal del desgraciado triángulo amoroso que se narra. Y con dar cuenta de todo esto se nos estaba escapando lo principal de la novela, el del personaje de Celedonia Jesús, la degustadora de semen, mujer que parece sacada de una de esas sagas descritas por García Márquez o Jorge Amado y que aúnan la luminosidad de Afrodita con la atracción de las desgracias otorgada a una Lilith. Desde luego es en la creación de este personaje donde esta narración da lo mejor de sí, y eso incluso en lo que tiene de carácter de vaciado, pues su importancia radica sólo en la que le dan los demás. Sutil hallazgo que da la medida del autor de la novela y de lo que aún puede esperarse del mismo.

Juan Ángel Juristo